



ana vila. âmsterdam

Ya en casa, pequeña ciudad de interior de la provincia de Valencia a lunes 13 de agosto, tres días después de haber concluido mi aventura holandesa, me dispongo a escribir un pequeño escrito sobre dicha experiencia.

Llegué a Ámsterdam el 15 de febrero de este mismo año. Un frío intenso recorrió mi cuerpo cuando salí de la estación; el cielo, gris, sin ápice de luz, cubría la escena. No era la primera vez que estaba en la capital holandesa, mi primer encuentro con ella tuvo lugar un par de meses antes en busca de residencia; sin embargo, me sentí una extraña en aquel lugar.

Pasaron cinco días hasta que llegó mi primer día en el estudio. Encontré alojamiento en una residencia de estudiantes y extranjeros de corta estancia en la ciudad. Se encontraba a las afueras de Ámsterdam, hacia la parte este. En aquella habitación con pequeña cocina y baño privado pasé los primeros cuatro meses de mi estancia. Recuerdo lo extraños que resultaron los primeros días, muy grises además. Y puesto que todavía no había adquirido el objeto más útil que puedes tener en Ámsterdam (la bici, por supuesto), debía desplazarme andando y en tranvía. Las distancias se me antojaban lejanas.



desde la ventana de la residencia

Al fin tuve noticias del estudio en el que debía realizar mis prácticas, y acordamos que el inicio oficial de las prácticas sería el día 20 (en aquel momento, mañana). Cruz y Ortiz Arquitectos (es el nombre formal, aunque los conocíamos más cercanamente por los Antonios), fundaron su estudio en Sevilla, y la mayor parte de su obra se ha desarrollado en Andalucía. No eran especialmente sonados en mi escuela de arquitectura (ETSAV), pero era bien sabido, al menos por mi parte, que tenían una obra muy sólida y de indudable calidad, que eran unos de aquellos arquitectos españoles que había que tener como referencia.

El estudio en Ámsterdam empezó a trabajar a raíz del proyecto del nuevo Rijksmuseum, obra en la que llevan inmersos al menos una década desde el inicio del concurso. Y obra que hoy ve acercarse su fin.



atardecer en marzo

No seguiré escribiendo sobre el trabajo realizado en el estudio... Tan sólo diré que las expectativas iniciales quedaron minadas al conocer la situación en que se encontraba... Yo llegaba la última, cargada de ilusión, de ganas de trabajo; mis compañeros parecían ocultar la tristeza y la incertidumbre que supone abandonar un exigente trabajo exclusivo de tantos años.

Quitando de algún que otro incidente (mi primera bici desapareció) empezaba a integrarme en el ritmo de vida y en las costumbres de la ciudad. Aunque siendo sincera, no conseguí hacerme al horario de comidas holandés: el "lunch" de las doce de la mañana me parecía un almuerzo tardío que casi siempre te dejaba insatisfecho; mientras que la cena de las seis acababa siendo un primer aperitivo de una verdadera cena a las diez. Pese a ello, sí me acostumbé (¡y lo echaré de menos!) a la comida holandesa: los elaborados "broodjes" (¡de salmón con rúcula y parmesano, por favor!) y las sopas del puestecillo de la esquina, esas que sientan tan bien en los días frescos y lluviosos.

Las semanas pasaban y con ellas se esfumaba el frío helado y la oscuridad. El día era notablemente más largo, y la noche empezó a cubrirse de un azul intenso que nunca se apagaba, que siempre me encandilaba.



los colores de la ciudad

Llegaron las fiestas nacionales, Queen's day, los viajes, los paseos en bici bordeando los canales, los cafés y las cervezas, las cenas en casa de un amigo y del otro, y de la otra.



prinsengracht en queen's day

Empezaba a sentir que lo que en un principio fue extraño, ahora se tornaba en rutina; una rutina apetecible cada día. En el estudio comenzaba a sentir que tenía un sitio propio, comenzaba también a conectar con la gente, a conocer mejor a mis compañeros (muchos de ellos, amigos) y conocía ya bien el proyecto del Rijksmuseum.



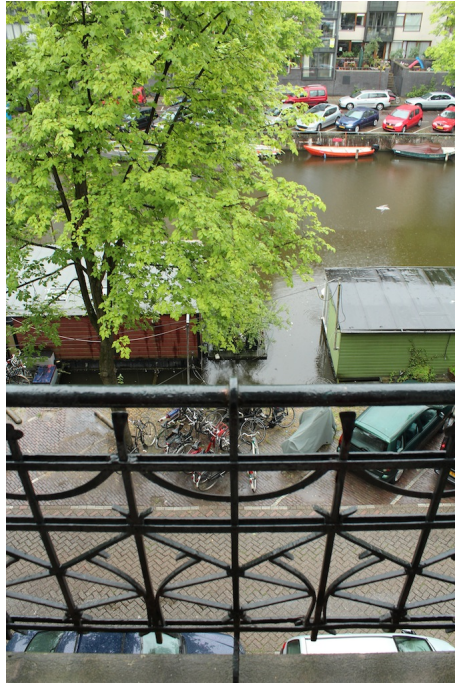
cena en casa de una amiga

El verano llegó sin hacer ruido.

Curiosa sensación la del paso de las estaciones en Ámsterdam. Nunca llega a hacer el calor a que estamos acostumbrados en la península. Los meses, incluso en verano, siguen siendo frescos y lluviosos, como en la primavera. Si el calor y el buen tiempo hacen acto de presencia, suelen marcharse en apenas unos días.

Julio fue muy lluvioso. Mi contrato con la residencia de estudiantes terminaba a finales de junio, y debía buscar otro lugar donde vivir para el siguiente mes y medio. La fortuna quiso que me encontrara con un suculeto anuncio en una de aquellas páginas de búsqueda de habitación, y que obtuviera una respuesta positiva por parte de los inquilinos del lugar. Eran una pareja de cineastas. La casa se ubicaba en la tercera planta y el ático del número 34 frente a uno de los canales del Oud-West, barrio próximo al centro de Ámsterdam en el lado oeste. Yo debía ocupar la habitación que daba precisamente a este canal.

Los sentimientos eran contrarios: por un lado añoraba a mi familia y amigos, mi hogar, mi tierra; por otro lado, veía acercarse el final de la experiencia, y eso me entristecía. Había hecho bastantes amigos y me sentía a gusto viviendo en aquel lugar. Incluso cuando realizaba algún pequeño viaje o desplazamiento algún fin de semana, tenía esa sensación de estar fuera de casa, fuera de Ámsterdam.



la habitación frente al canal

Las últimas semanas resultaron casi más extrañas que las primeras. Debía desprenderme de todo aquello que había formado parte de mi vida cotidiana estos últimos meses: dejaba el trabajo en el estudio, dejaba la habitación frente al canal, vendía mi bici... Y cuando pude darme cuenta, me encontraba con mi llavero vacío de llaves y con unas cuantas maletas en Schiphol. Mi vuelo salía a las 15.55.



Desde la distancia, y después de unos días de descanso, aunque también de viajes con una persona especial, soy más consciente de todo lo vivido. No puedo sino estar orgullosa y agradecida de haber tenido la oportunidad de trabajar en Holanda, de haber podido aprender de tantas cosas (no sólo de Arquitectura): haber entrado en contacto con el mundo laboral que nos espera a los estudiantes y haber observado cómo funciona un estudio de Arquitectura; también, y sobre todo, haber disfrutado de esta experiencia de vivir en Ámsterdam.

El próximo mes de septiembre comenzaré de nuevo las clases. Debo terminar quinto y el PFC para poder obtener el título. Sé que será un curso diferente al de años anteriores; de algún modo, todo esto ha influido en mí. Pero también sé que tomaré las clases aún con mayor ilusión y optimismo. Y quién sabe, si una vez acabe, el camino me conduzca de vuelta hacia Ámsterdam.

Muchas gracias por todo,

ana